

EL BUNKER DE LA MOI

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

A pesar de las tergiversaciones de Rodolfo Martín Villa, a la hora de informar de los resultados electorales municipales, y de la sistemática deformación proporcionada por RTVE, la impresionante derrota de las candidaturas neofranquistas es un hecho reconocido por cualquier observador o espectador político. Fracaso gubernamental, tan sólo treinta días después de las elecciones legislativas, que quedará ampliamente ratificado en la próxima elección de alcaldes. Con la misma claridad que señalábamos la derrota psicológica de la izquierda el 1 de marzo, como consecuencia del hundimiento de sus expectativas de poder, hay que señalar la derrota real del Gobierno, que no ha podido rentabilizar su reciente éxito legislativo ni la desmoralización reinante en el campo progresista. Por el contrario, el 3 de abril resituía a todas las fuerzas en su verdadero contexto y despeja los espejismos de los neofranquistas suscitados al calor de lo sucedido el primero de marzo.

Porque las elecciones municipales han sido como una reedición de la ceremonia de investidura celebrada pocos días antes. Todos los partidos democráticos que se opusieron al mecanismo autoritario con el que fue encubierta han sido los grandes vencedores del 3 de abril. La izquierda, tanto en su versión socialista como comunista, y los nacionalismos, tanto en su expresión de derechas como de auténtica izquierda, han arrojado literalmente en los más importantes municipios a todas las candidaturas neofranquistas, independientemente de que se presentasen ya unidas o esperasen a unirse a la segunda vuelta electoral con la elección de alcaldes.

Con ello, el neofranquismo ha perdido uno de sus principales puntos de poder como anteriormente perdió el dominio de los sindicatos. Después de sobrevivir casi tres años al propio dictador, gracias a los sucesivos retrasos gubernamentales en la convocatoria de este tipo de elecciones, los municipios han sido por fin liberados de las manos no democráticas que los han dirigido hasta este pasado 3 de abril. Pérdida municipal que tiene un evidente alcance político que va más allá de los muros de las casas consistoriales. La especial situación política por la que atraviesa el país, un constante tira y afloja entre las fuerzas democráticas y los neofranquistas, hace de ellas una importante cota en esta larga batalla de la transición. En efecto, la recuperación democrática del poder municipal supone de por sí el atrincheramiento del neofranquismo en el último bunker posible que tiene a

mano: el palacio de la Moncloa.

Sólo el control de este reducto de poder, verdadera casamata política, permite organizar su propia supervivencia política. Perdidos el Parlamento, al que con Landelino Lavilla se va a vaciar de todo contenido; el sindicalismo, al que no se le devuelve el patrimonio sindical y el municipio, que va a ser encorsetado con una Ley de Bases del Régimen Local centralista; no queda más que la defensa de la no democratización de los aparatos del Estado y de la Administración.

Un Gobierno neofranquista

Ello es lo que explica que tras la victoria democrática del 3 de abril no sólo no se corrija la inclinación neofranquista, bien evidente a lo largo del mes de marzo, sino que todavía se acentúe más. Bas-

ta recordar cómo respondía el viejo dictador a cualquier avance de la oposición democrática, o el anterior jefe de Gobierno, Carlos Arias Navarro, a las reivindicaciones democráticas, para entender que el neofranquismo va a seguir siendo el eje de su política.

Bien evidente es ello no sólo por el tratamiento represivo dado a los manifestantes democráticos que expresaban su alegría política en la noche electoral —represión que incluía a dos líderes de la izquierda con escaños en el Congreso de los Diputados, y la típicamente franquista manipulación de Televisión (para algo el actual inquilino del palacio de la Moncloa se jactó en las Cortes de haber sido director general de este medio de comunicación con Carrero Blanco)—, sino con la composición del nuevo Gobierno, que acaba por defenestrar a su único sello democrático: Francisco Fernández Ordóñez.

Su salida tiene una doble dimensión de igual valor y significado. Por un lado, desaparece el hombre de la reforma fiscal y de los pactos de la Moncloa (defensor de un plan económico coherente y democrático, como anunció en su última intervención en la Feria de Muestras de Zaragoza) y, por otra parte, su ausencia es el símbolo más palpable de la transustanciación neofranquista de Unión de Centro Democrático después de año y medio de perseverantes esfuerzos por mantener a UCD en el campo de la derecha democrática. Dos planos de una retirada que evidentemente tienen el mismo significado: el reconocimiento autocrítico de los demócratas que confluieron con los funcionarios de la dictadura en la creación de una UCD que progresivamente ha



Jesús Sancho Rof, ministro de Obras Públicas y Urbanismo.

ido siendo raptada por los azules.

Bien mirado, todo esto es lógico, porque el sector autoritario dominante en el partido gubernamental no puede hacer otro tipo de política, ya que ello sería su suicidio como clan o casta con sus propios y específicos intereses. Una auténtica política de centro-izquierda, no la perdía del consenso, tiene un precio que tanto este grupo político como el sector económico neofranquista del capital que está detrás no está dispuesto a pagar. De ahí la única opción del centro-derecha como táctica y estrategia que congele definitivamente el desarrollo del proceso democrático para que no pueda poner en cuestión o llegue a lesionar los intereses económico-sociales y políticos que fundamentalmente se beneficiaron y sostuvieron la dictadura.

Así, es coherente que el nuevo equipo gubernamental no sólo haya defenestrado a Francisco Fernández Ordóñez, sino que sea un Gobierno típicamente franquista, en el que sus ejes son fundamentalmente funcionarios azules de la dictadura. Este clan político, aliado a algunos de los exponentes más reaccionarios del capitalismo español y contando con la bendición de los "negros" de la Santa Casa, hoy en auge gracias al nuevo papado reaccionario, es cubierto "democráticamente" —como ya indicábamos la semana anterior— por media docena de jóvenes técnicos arrivistas deseosos de obtener la cartera ministerial que no pudieron lograr durante la anterior dictadura por su edad juvenil.

Tres rasgos alarmantes

Pero lo más grave es que prácticamente no hay Gobier-

no, porque la inmensa mayoría de los titulares de los distintos departamentos no son más que técnicos o expertos al servicio personal de Adolfo Suárez o de Fernando Abril Martorell. Sobre todo en el campo de la economía, los recién nombrados, y los que continúan en sus cargos, no son más que subsecretarios subordinados al único ministro económico real, que es el vicepresidente Abril Martorell. Con lo que la tendencia autoritaria que lleva de por sí la política gubernamental se agudiza con el desorbitado personalismo que convierte a los ministros en meras co-

reas de transmisión de dos o tres políticos. Factor que no debe ser ajeno en la ausencia de Rodolfo Martín Villa, a no ser que se haya decidido mantenerle en reserva para encargarle de la Secretaría General del partido, una vez que su actual titular, Rafael Arias-Salgado, ha sido colocado en la vía muerta de un Ministerio sin funciones concretas y que permanecía vacante desde que lo abandonó Ignacio Camuñas.

Hay que añadir, además, la gravedad de unos nombramientos significativamente reaccionarios en los Ministerios clave de Hacienda y de

Administración Territorial, donde aparecen hombres contrarios al progreso y al desarrollo de una verdadera autonomía democrática para las nacionalidades y regiones. En conjunto, puede decirse que es un Gabinete pura y netamente regresivo en relación con el anterior, y no digamos en relación con la situación política, y manifiestamente incapaz de abordar los enormes problemas del país. No es sólo un problema político, sino también técnico, si atendemos al desencanto con que ha sido acogido hasta por los mismos medios de comunicación más reaccionarios.



Junto al presidente Suárez (foto superior), el vicepresidente primero y encargado de Asuntos de la Seguridad y Defensa Nacional, Manuel Gutiérrez Mellado. Foto inferior: el vicepresidente segundo y encargado de Asuntos Económicos, Abril Martorell, con Jaime Lamo de Espinosa, ministro de Agricultura.

EL BUNKER DE LA MONCLOA

No deja de ser sintomático, finalmente, que hayan desaparecido los hombres con un pasado democrático en su haber político y que sean repescados algunos funcionarios de la dictadura. Con la excepción de Joaquín Garrigues, al que su enfermedad impide realizar una labor política y ministerial, no hay un solo demócrata antifranquista. Por desaparecer, ha desaparecido hasta Fernando Álvarez de Miranda. En síntesis, un Gobierno personalista en su composición, neofranquista en su orientación política y reaccionario en su programa económico, que va a agravar la crisis del país hasta límites insospechados.

Una política autoritaria sin base social

De ahí que haya que saludar con respeto la negativa de Francisco Fernández Ordóñez a seguir siendo la hoja de parra democrática que cubriese el desnudo y vergonzoso neofranquismo del partido gubernamental. Gesto que es, además, todo un desafío y un ejemplo de honestidad para aquellos pocos demócratas que aún subsisten en la organización política que da soporte a una operación política claramente involutiva.

Pero tan innegable es que este tipo de política es inviable sin recurrir a procedimientos autoritarios y represivos —lo que la semana anterior denominábamos como dictablanda— como que no hay base social que sostenga hoy una política no democrática. No basta con que un sector del capital apueste por una opción neofranquista, ni tampoco con el control del aparato estatal para poder llevarla a cabo si no se tiene una mínima base social en la que apoyarse y sostenerse. Y en este sentido los resultados de las elecciones municipales son muy esclarecedores.

Contra lo que sostienen algunos publicistas del partido

gubernamental, avergonzados por el rumbo que van tomando los acontecimientos, no es el electorado de Coalición Democrática el que no ha votado o se ha abstenido, sino que, por el contrario, ha sido el electorado aluvión entre UCD y el PSOE —que podemos denominar relativamente como "socialdemócrata"— el que ha castigado al Gobierno con la abstención o votando al Partido Socialista Obrero Español. Basta analizar lo ocurrido en Madrid y Zaragoza, por no extenderse en un análisis pormenorizado, para comprender que la capital en la que triunfó ampliamente Francisco Fernández Ordóñez y en la que el ex voto PSP fue a parar a UCD, ha sido ahora escenario de un impresionante triunfo de la izquierda y del retorno del electorado "pesepero" al socialismo al ser ampliamente derrotadas las candidaturas neofranquistas de José Luis Álvarez y de Miguel Merino. Y para entenderlo es suficiente con que los aficionados a recordar el XXVII programa del PSOE se pregunten qué ha ocurrido con el I Congreso de UCD y su definición programática de ca-

rácter socialdemocrático. Contrastar su redacción democrática con su aplicación neofranquista es explicarse por qué el 3 de abril ha dado la vuelta al 1 de marzo.

No es de extrañar que la derecha democrática, tanto la amordazada en el interior de UCD o drogada por el poder como la nacionalista vasco-catalana, esté interrogándose sobre la rentabilidad de una política que no va a resolver ninguno de los grandes y graves problemas políticos de este país porque no está dispuesta a pactar con los auténticos interlocutores sociales, sean trabajadores, empresarios, vascos o catalanes; que está creando las condiciones para los primeros pasos de una unidad de la izquierda que vaya más allá de coyunturales pactos municipales y que empieza a salpicar, queráse o no, a la cabeza del Estado.

La unidad democrática antifranquista

Porque progresivamente se están volviendo a recrear en nuestro país las condiciones

existentes para la reaparición de la unidad antifranquista de toda la oposición democrática. Hay que remontarse a la dictadura para encontrar una respuesta unitaria de los socialistas, comunistas, nacionalistas vasco-catalanes como la que acaba de producirse estos días en las Cortes y en las urnas.

Quizá el mejor exponente de ello sea el pacto PSOE-PCE, que en absoluto tiene un carácter o contenido frente-populista, pese al evidente frente impopular de UCD-CD, sino que se encuadra en un marco meramente democrático extensible a otros acuerdos con las más variadas fuerzas democráticas y antifranquistas. Ahí está el previsible acuerdo de Jordi Pujol con la izquierda en Cataluña o el apoyo al PNV u otras candidaturas nacionalistas, para comprender que se trata de compromisos que tienden a consolidar la democracia y a detener la ofensiva neofranquista de signo involutivo. Gráficamente, puede decirse que es muchísimo más una "platajunta" que un Frente Popular, que tiene objetivos muy distintos y diferentes.

Y es que de nuevo vuelven a surgir las circunstancias para la reaparición del amplio movimiento social, cultural, político, de signo democrático, que existió en los últimos tiempos de la dictadura y en los prolegómenos del reformismo. Tal vez el reiterado fracaso del reformismo neofranquista, que confunde una muy limitada victoria legislativa con un plebiscito dictatorial, esté ayudando sin proponérselo —a través de las consecuencias y repercusiones democráticas que desencadena— al relanzamiento de un amplio movimiento democrático por todo el tejido social del país con un objetivo bien definido: el asalto al último reducto del neofranquismo, al que no le queda ya más que el bunker del palacio de la Moncloa. ■ F. L. A. (Fotos: RAMON RODRIGUEZ.)



Antonio Fontán Pérez, ministro de la Administración Territorial.